



EL ATROZ
ASECHADOR NOCTURNO

J. Luis Sanabria

EL ATROZ
ASECHADOR NOCTURNO



Primera edición: septiembre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© J. Luis Sanabria

ISBN: 978-84-18828-76-8

ISBN digital: 978-84-18828-77-5

Depósito legal: M-24128-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Toda persona es resultado de sus vivencias y experiencias a lo largo de su vida. Es por ello, que me gustaría agradecer en primer lugar a mi profesora Manuela Ratasi Pastor por apoyarme desde que empecé a escribir y por animarme a seguir haciéndolo, así como a mi profesor Daniel Mir Arenas por su gran apoyo y por animarme a intentar publicar mis obras, y al I.E.S. Cristóbal de Monroy porque gracias a este instituto conocí a muchos profesores cuya influencia marcaron mi vida y a los que nunca olvidaré (como es el caso de los ya mencionados, Antonio Ortíz Torres, José Manuel Roás Triviño, Montserrat Camino Donaire, Miriam del Castillo Benítez, Cristina Sánchez García y Delfina Beldroega Cayeta). De la misma manera me gustaría agradecer a la Universidad de Sevilla y a la Facultad de Derecho porque gracias a ella no solo amplíe mi formación sino que conocí a profesores que también me marcaron mucho y que jamás olvidaré (como Edgar Iván Colina Ramírez, María del Mar Jiménez Navas, María José Rodríguez Ramos o José Cruz Díaz).

Asimismo, también me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento a Julia Vela Navas por ayudarme a ilustrar el emblema de La Orden de los Cazadores y a promocionar la novela, y a mi familia y amigos (en especial a Estrella Aguilera Ruiz, a Lissette Abigail Reyes Jama, a David Ruiz Crespo, a Carmen Terán Oliva, a Ana María García Zambrano, a Elisa Marchi, a Riccardo Guida, a Mónica Corto Granada, a Salma Rambouk Boularouah, a Agustín Aguilar Verdugo, a Javier Pozo Castelo, a Elvira Arenga Carrero, a Sara Rodríguez Marín, a Carmen Sánchez Ruiz, a Alejandro Mora Herrera, a Ángela Carpio de la Fuente, a Rafael Franco Gutiérrez, a Laura Naranjo Cortés, a José Miguel Barrios Albarracín, a Alicia Fernández Gallego, a Nerea Sánchez Velo, a Daniel Moreno González, a Rubén Gutiérrez Gallego, a Esperanza Gómez Jiménez...) que siempre estuvieron ahí para mí y son una parte importante de mi vida.

Prólogo

La historia que este humilde autor, con ayuda de las musas y o de cualquier deidad que tenga a bien favorecer a su elocuencia, tratará de pintar con palabras lo mejor que pueda, tiene lugar en la Hispania visigoda.

Este período histórico abarca desde el asentamiento del pueblo visigodo en la península ibérica hasta la invasión musulmana de la península (es decir, entre el siglo VI d. C. y el siglo VIII d. C.). La llegada de este pueblo de origen germano a Hispania se debe al frágil estado del Imperio Romano, que estaba arrastrando una crisis y sufriendo varios modos de penetración (pues algunos pueblos entraron en su territorio mediante pactos o acuerdos con las autoridades romanas).

En el 406 las fronteras del río Rin cedió ante suevos, vándalos y alanos (aunque no llegaron a Hispania hasta tres años después). Los visigodos eran otro pueblo germano que se había estado instalado sucesivamente en diversos lugares del Imperio debido a las relaciones

que mantenía con Roma (algunas de colaboración, otras hostiles...). En vista de que no podía expulsar sola a los suevos, los vándalos y los alanos de la península ibérica, Roma se comprometió con Walia (un rey visigodo) en *Foedus*¹ a concederle tierras al pueblo visigodo y el título de *magister militum* al dirigente visigodo, a cambio de que este expulsara a los pueblos germanos que se habían asentado en Hispania. Mas, no fue hasta la pérdida del Reino de Tolosa, cuando los visigodos se vieron obligados a asentarse totalmente en la península (estando la parte oeste, noroeste y norte de esta ocupada por los suevos). Cronológicamente, nuestra historia se ambienta en este período durante el cual el reino visigodo y el reino suevo tuvieron que coexistir (antes de la desaparición de este segundo).

¹ Tratado vinculante y solemne de asistencia mutua a perpetuidad entre Roma y otra nación.

I.

En un pequeño pueblo de la península ibérica, un joven de ascendencia itálica, hijo de un conocido mercader de la región y marido de Gadea² (una hermosa joven, hija de campesinos de sangre íbera) se disponía a buscar algo con que obsequiar a su amada por su cuarto año de matrimonio.

De camino a la plaza, Danio no pudo evitar oír a algunas personas hablando de que desde hacía un tiempo desaparecía gente de los pueblos cercanos. Decidió no prestar mucha atención a esos rumores porque sabía que la gente tendía a exagerar enormemente las cosas y hacer de algo tan simple como que el que un pescador haya pescado varios peces en poco tiempo, toda una gesta y proeza heroica como si los atrapara abriendo el agua del río en dos o usando solo su boca como si de un diestro animal se tratara.

Cuando finalmente llegó a la plaza del pueblo, vio a su esposa y a un grupo de aldeanos escuchando las cancio-

² Nombre asturleonés que suele recibir el significado de «persona bondadosa, buena y virtuosa».

nes de un juglar algo torpe. Aunque quién sabe si fingía adrede no saber hacer malabares para hacer reír a la gente o si realmente era poco habilidoso; en cualquier caso, su melódica forma de cantar lograba atraer la atención de mucha gente y mantenerlos absortos en historias que endulzaba con representaciones satíricas de lo que contaba. Junto a él había otro juglar algo más bajo de estatura, que tocaba el laúd y le acompañaba en dichas representaciones.

Aprovechando que Gadea estaba distraída con aquel espectáculo, Danio fue a buscar a un conocido orfebre para encargarle un collar. Por desgracia no podía permitirse grandes lujos así que encargó un medallón de bronce adornado con una sencilla *filigrana sentada*³ y un *granulado*⁴ de esferas de cobre. Había ahorrado durante mucho tiempo para poder pagar algo así, pero pensaba que era poco a cambio de poder ver la alegría de Gadea al recibirlo.

Aunque no le duró mucho la sorpresa. Una noche, Gadea le comentó que el orfebre del pueblo había venido a decirle que había terminado el encargo y que Danio podía pasarse cuando quisiera por él.

—Bocazas rencoroso... —dijo Danio molesto, al darse cuenta de que, por muchas excusas que se inventara o que dijera que era para vendérselo a alguien de otro pueblo, Gadea ya sospechaba que era un regalo para ella.

—No te preocupes, no hace falta que sea algo inespe-

3 Técnica de orfebrería consistente en decorar con hilos (en este caso de cobre) que se sueldan a la base de la joya.

4 Técnica de orfebrería consistente en decorara con pequeñas esferas que se sueldan a la joya.

rado para que sea un buen regalo —dijo Gadea tratando de animarle.

—Siempre guarda en secreto para quién son sus encargos pero te lo ha dicho solo porque sigue enfadado por aquella vez cuando uno de los cerdos de la granja de tu padre se me escapó y se tragó una de sus joyas —dijo Danio indignado.

—Fue muy gracioso verte corriendo por todo el pueblo detrás del cerdo y que él tuviera que esperar a que el cerdo hiciera de vientre para recuperar aquel anillo —dijo Gadea riéndose.

—La verdad es que sí que fue gracioso verlo a punto de vomitar cuando tuvo que rebuscar entre los excrementos y que limpiar el anillo —dijo Danio dejando escapar una leve carcajada.

—Si hasta se resbaló y cayó de bruces contra el suelo de la pocilga —dijo Gadea.

—Entre lo sucio que estaba y lo gordo que es, no pude evitar reírme delante de él pensando que parecía un cerdo más —dijo Danio al tiempo que pensaba que quizás sí tenía motivos para seguir molesto.

—Algún día tenéis que hacer las paces... sois amigos desde niños —dijo Gadea poniendo sus manos sobre los hombros de Danio.

—Tranquila, pronto se le pasará. Dudo que siga toda su vida enfadado por algo que pasó hace 5 años —respondió Danio al tiempo que rodeaba la cintura de Gadea con sus brazos y la besaba.

Danio pretendía realmente cumplir lo que le había dicho Gadea, de manera que, durante los festejos que se celebraron una semana después de su aniversario con Gadea, fue a buscar a Sancho para hablar con él. Era el mejor momento, ya que sabía bien que a su amigo le encantaba beber y comer, y sería menos reacio a perdonarle si le pagaba algunas jarras de hidromiel y algún que otro pollo asado. Mas, cuando pasó por su taller para ver si todavía seguía trabajando, no encontró a nadie. Normalmente hubiera supuesto que se habría ido ya a la plaza a beber algo pero le extrañó encontrarlo todo revuelto y que algunas cosas estuvieran tiradas por el suelo (pues Sancho siempre había sido un obseso del orden).

Preocupado, buscó por todos lados algún indicio de qué había pasado allí y, por desgracia, encontró uno... había algunas pequeñas gotas de sangre cerca de la escalera que llevaba a la vivienda del orfebre y un reguero de sangre sobre los escalones que indicaba que habían arrastrado algo pesado hasta arriba. Instintivamente cogió una de las herramientas de Sancho y subió para ver qué había. Subió despacio los escalones tratando de no hacer ningún ruido que anunciara a los posibles ladrones o asesinos de su amigo que había alguien husmeando. Con la mano izquierda abrió lentamente la puerta, que para su desgracia emitió un sonoro chirrido. Danio retrocedió, pero, a sabiendas de que posiblemente ya había sido delatado por aquel traicionero ruido, inmediatamente se acercó otra vez a la puerta y la abrió de golpe, prepa-

rándose mentalmente para correr hacia los intrusos una vez que estuviera completamente abierta.

Al ser invierno, el sol estaba a punto de ponerse y solo se podía ver si había alguna vela o alguna lámpara de aceite encendida. Sin embargo, no había ninguna. Pero aquello no era lo único extraño sino que también hiciera más frío dentro de la casa que en la calle. Apenas podía ver bien, pero atisbó una delgada figura humana que estaba colocada dándole la espalda y sentada en el suelo sobre algo. Al acercarse un poco más pudo ver que no llevaba ropa y que tenía numerosas cicatrices de gran tamaño en la espalda, además, por el sonido y los movimientos que hacía, parecía estar concentrado comiendo algo.

En aquel momento empezó a llover. Danio, no sabía bien cómo actuar así que comenzó a retroceder para salir en busca de ayuda. Pero, mientras lo hacía, un fugaz relámpago iluminó momentáneamente el lugar, mostrando a una criatura sin ojos que se había percatado de su presencia y ahora lo miraba. Danio, aterrorizado, contemplaba como su rostro estaba lleno de cicatrices que parecían indicar que le habían arrancado los ojos, y parecía que nunca hubiera tenido nariz ni nada más en la cara a parte de su gran boca llena de afilados y puntiagudos dientes de hierro, de los que goteaba sangre sin parar. Tenía una pálida piel de un tono grisáceo y parecía que alguien había dejado enfriarse hierro fundido en sus dedos (teniendo sus manos una apariencia similar a unas garras de hierro). La criatura parecía estar sosteniendo un

hígado humano con su mano derecha, pero se lo comió rápidamente al ver a Danio, que, al fijarse en aquello, se dio cuenta de que sobre lo que estaba sentada aquella cosa era sobre el inerte cuerpo de Sancho.

Antes de que Danio pudiese echar a correr, aquel espeluznante ser dio un salto hacia la pared y comenzó a trepar por ella a gran velocidad hasta el techo en su dirección. Sin perder un segundo, trató de huir dirigiéndose hacia la puerta, pero aquella cosa saltó sobre la pared opuesta a la puerta y, acto seguido, se abalanzó sobre Danio rompiendo la puerta con el cuerpo del asustado mercader. Ambos rodaron escaleras abajo hasta el suelo. Danio se retorció de dolor, sintiendo como si se hubiera fracturado varias costillas con aquella caída. Mas, quiso el azar o la fortuna que, mientras ambos caían por dichas escaleras, el asustado mercader cortase accidentalmente un brazo a la criatura con la herramienta que cogió para defenderse cuando creía que eran ladrones los que habían entrado en el taller de su ahora difunto amigo. Aquello, le proporcionó a Danio el tiempo necesario para levantarse y correr hasta la calle, aunque antes de salir vio de reojo cómo la criatura se estaba cosiendo el brazo amputado y moviendo los dedos de dicho brazo como si volviera a estar conectado a su cuerpo tal y como lo estaba antes de ser cercenado.

Rápidamente, se acercó a un grupo de personas que regresaba a su casa, debido a que la fiesta se había sus-

pendido por la repentina tormenta, y les contó lo que había pasado. Los seis hombres que formaban aquel grupo se rieron de él creyendo que estaba loco y entraron en el taller de Sancho sin coger nada con lo que defenderse ni pensar que Danio podía estar diciendo la verdad.

—Este *sa cogio* una cogorza que *sa comio* las escaleras y *sa puesto* a alucinar —dijo uno de ellos, mostrándose claramente la influencia de todo el alcohol que había bebido en su torpe pronunciación difícil de entender.

Aquellas fueron las últimas palabras de aquel hombre, pues, una vez que entraron, desde fuera solo se escuchaban gritos de terror y de dolor que cesaron en cuestión de segundos. Danio, paralizado por el miedo, miraba la puerta con la esperanza de que salieran con la cabeza de aquel monstruo en la mano o que solo estuvieran bromeando. Pero solo salió uno de ellos arrastrándose por el suelo y murió antes si quiera de que Danio pudiera acercarse. Tenía profundos cortes en la cara que le habían hecho perder ambos ojos y de su cuello salía sangre a borbotones por cuatro cortes paralelos que le habían alcanzado la yugular.

La gente que pasaba por la plaza comenzó a gritar y a esconderse en sus casas. Algunos hombres, sin embargo, cogieron de sus casas cuchillos o cualquier cosa que se pudiera usar como arma y entraron para hacer frente al, para ellos, misterioso agresor. Pero cuando entraron ya había huido. Mas, por desgracia para ellos, no se había

ido tan lejos como para que pudieran pensar que aquella pesadilla había terminado. Casa tras casa se fueron escuchando gritos de terror tanto de mujeres y niños, como de hombres y ancianos, que pasaban a formar parte del rastro de cadáveres que aquella cosa iba dejando a su paso. Los pocos supervivientes que lograron ver a aquel terrorífico ser estaban demasiado asustados para decir qué era y se sentían incapaces tanto de hablar, como de hacer cualquier otra cosa que no fuera concentrarse en borrar de sus mentes la horrible, sangrienta y traumática escena que acababan de presenciar.

Aquella noche murieron decenas de personas y otras desaparecieron misteriosamente sin dejar rastro. Parecía imposible que una criatura tan delgada y no más alta que una persona normal hubiese podido secuestrar a tanta gente a la vez, pero Danio no podía pararse a buscar una explicación plausible a aquello. Preocupado por Gadea, corrió hacia su casa con una mano colocada en el costado a causa del dolor que todavía arrastraba de su enfrentamiento con aquel monstruo y que iba en aumento con cada paso. No obstante, siguió adelante y, tras no encontrar a su esposa en la casa, corrió por todo el pueblo buscándola hasta que el dolor y el cansancio hicieron que se desmayara sobre suelo mojado.

Cuando despertó estaba en la casa de una pareja de avanzada edad que vivía cerca de donde había perdido la consciencia. Tenía todo el torso lleno de vendajes y sentía un dolor tan terrible cada vez que trataba de incorporarse

que era incapaz de ponerse de pie. Pasó semanas sin poder salir de la cama, en las cuales no paraba de soñar cada vez que se dormía con una pesadilla recurrente. Soñaba que era de noche, que estaba lloviendo y que peleaba en la plaza del pueblo con aquel extraño ser, al que conseguía matar, tras una ardua batalla, cortándole la mano derecha para que muriera desangrado. Tras esto, corría en busca de Gadea pero cuanto más se acercaba a ella, más gritaba y lloraba. Extrañado, se detenía y la miraba desde la distancia. Estiraba su mano derecha como si pudiera alcanzarla y entonces comprendía que gritaba porque su mano se había convertido en la de la bestia aquella. Asustado, sentía como si su mano derecha tuviera vida propia e intentaba desesperadamente con su otra mano que no le arrancara la cara; pero finalmente acababa pasando. Retorciéndose y gritando de dolor se arrodillaba en el suelo frente a un charco, en el que, tras quitarse ambas manos de la cara, veía que se había convertido en la despreciable y atroz criatura. Entonces, comenzaba a ver en tercera persona cómo tras convertirse en eso, perseguía a su propia mujer hasta alcanzarla y comenzar a comérsela. Cuando apartaba la mirada para evitar aquella imagen, pasaba a ver, ahora en primera persona, cómo él mismo se comía las tripas de su esposa, que no paraba de gritar de dolor. Por desgracia para él, la pesadilla no acababa así, sino pasando en un abrir y cerrar de ojos a ser él el que estaba siendo devorado por aquella horripilante criatura (a la que la gente ya había comenzado a apodarar como «*asechador nocturno*») que se comía sin cesar los ór-

ganos de Danio, mientras no paraba de caer de su boca sangre, cucarachas, gusanos y arañas vivas hasta el punto de acabar el asustado mercader cubierto completamente por aquellos repugnantes insectos.

La gente pronto comenzó a especular sobre qué era aquella criatura que había diezmado su pueblo, y sobre cuál era su origen. Algunos decían que era un asesino que antes de morir ajusticiado hizo un pacto con el diablo, otros decían que algo tan horrendo solo podía haber sido creado en el infierno y que había escapado de él guiado por una insaciable sed de sangre, otros decían que era el inmoral e impío experimento de algún médico que pretendía crear vida pero que acabó creando a ese monstruo que lo mató y escapó... Algunos modificaban esta última teoría con el matiz de que el médico no buscaba crear vida humana sino que, siguiendo las órdenes de algún noble o monarca, pretendió crear una criatura que poder usar para invadir países vecinos, para derrocar monarquías o, en definitiva, para matar a sus enemigos... Pero no solo fantasearon con su origen, también comenzaron a exagerar su aspecto diciendo cosas como que medía más de diez metros, que tenía dos cabezas y seis brazos, o que escupía fuego por la boca y que atravesaba las paredes como un espíritu, e incluso que devoraba el alma de sus víctimas...

Cuando Danio finalmente se recuperó lo suficiente como para poder volver a hacer vida normal, en vista de

que los nobles no hacían nada por dar caza al *asechador nocturno*, le propuso a la gente del pueblo una solución al problema. Entre todos reunirían todo el dinero que pudieran y él, junto con otros voluntarios, partiría en busca de gente experimentada en la lucha a la que pudiera contratar para que dieran muerte al abominable ser que había raptado a su esposa.

Solo dos personas se ofrecieron a acompañarle: Ursicio (hermano mayor de Sancho, herrero del pueblo y padre de un niño de cinco años secuestrado por aquel atroz monstruo) y Auxibio (un humilde ganadero que había perdido a toda su familia y a todo su ganado, devorado cruelmente aquella fatídica noche). Ursicio era un hombre corpulento, de grandes músculos fruto de trabajar habitualmente el metal. Su aspecto era algo descuidado (tenía una desaliñada barba negra y unos cabellos igualmente largos y desaliñados) y, en cuanto a su carácter, era un poco tosco e irascible, pero también el mejor candidato para proteger el dinero. En lo referente a Auxibio, se trataba de una persona de una complexión normal (al igual que Danio), pues no era ni muy alto ni muy corpulento pero tampoco muy delgado o flacucho. Este, era mayor que Ursicio y Danio (algo que se apreciaba en las canas que ya teñían su pelo) y mostraba una leve cojera en la pierna izquierda debido a una desafortunada caída que sufrió de niño cuando su padre le estaba enseñando a montar en burro.

No era una gran fortuna la que lograron reunir, pero aun así parecía más que suficiente para poder contratar a

alguien competente. En poco tiempo hicieron el equipaje y, puesto que nadie sabía dónde encontrar exactamente a la gente que buscaban, se dispusieron a hacer un largo viaje por todos los pueblos que fueran necesarios hasta dar con el tipo de personas que necesitaban.

II.

Estuvieron viajando por toda la península ibérica, pasando por Asturica⁵, Bracara⁶, Salmantica⁷, Emerita⁸, Toletum⁹, Dianium¹⁰, Cartagonova¹¹, Malaca¹² y todos aquellos pueblos que se encontraban cerca de estas ciudades... Pero no lograron encontrar a nadie indicado para hacer frente a tal criatura. Cansados del largo viaje, decidieron descansar en una posada de Híspalis¹³.

5 Ciudad fundada por los romanos que se corresponde con la actual ciudad de Astorga, en la provincia de León.

6 Ciudad fundada por los romanos que se corresponde con la actual Braga, en el norte de Portugal.

7 Ciudad que se corresponde con la actual Salamanca.

8 También conocida como Emerita Augusta o como la Colonia Iulia Augusta Emerita, fue fundada por Publio Carisio por orden de Augusto para los soldados romanos que habían terminado su servicio en el ejército tras las guerras cántabras. Se corresponde con la actual Mérida.

9 Capital del reino visigodo.

10 Se corresponde con la actual ciudad de Denia (en Alicante).

11 Ciudad que fue fundada en el 227 a. C. por el general cartaginés Amílcar Barca. Se la conocerá también como Cartago Nova, Qart Hadast o Cartago Spartaria (según la época) y se corresponde con la actual ciudad de Cartagena.

12 Ciudad de origen fenicio-púnico que recibía también el nombre de Malaka y que se corresponde con la actual Málaga.

13 De origen fenicio o tartésico, fue tomada por los cartagineses y posteriormente por los romanos, que le darían el nombre de Colonia Iulia

—Llevamos tanto tiempo vagando por los caminos que ni recuerdo cuándo salimos de nuestro pueblo —dijo Danio quejándose.

—De habernos puesto a combatir en lugar de buscar a alguien ya seríamos tan fuertes como para cargarnos a ese asqueroso bicho de un solo puñetazo —protestó Ursicio mientras apuraba su copa de hidromiel.

—Seguro que pronto encontramos a alguien —dijo Auxibio tratando de animarles para que no perdieran la esperanza (aunque en realidad él también estaba comenzando a perder su optimismo).

—¿Qué hace tanta gente alrededor de aquella mesa? —preguntó Danio intrigado.

—Están apostando por quién de ellos es más fuerte —respondió uno que estaba sentado cerca de ellos.

—Suenan interesantes... ¡Vamos a probar suerte! —dijo Ursicio completamente seguro de que con su fuerza podría vencer a cualquiera.

—No deberíamos arriesgar así el dinero que nos ha dado la gente del pueblo —dijo Auxibio tratando de disuadirles de la idea de apostar.

—No te agobies. Es imposible que alguien venza a Ursicio en un concurso de fuerza —dijo Danio mientras acompañaba a Ursicio a aquella mesa.

Cuando se acercaron vieron a tres hombres haciendo un pulso contra uno solo. No parecían estar demasiado

(en referencia a su fundador Cayo Julio Caesar) Rómula (por ser llamada “la pequeña Roma”) Hispalis (latinizando el nombre original de la ciudad). Actualmente se corresponde con Sevilla.

en forma pero tampoco ser tan débiles como para que una sola persona pudiera con los tres a la vez, mas, aun así, estaban casi sin aliento y con la cara roja, haciendo toda la fuerza que podían para intentar mover la mano de su oponente, que no cedía ni un milímetro.

—¡Mesero, tráigame otra jarra de hidromiel y otro pollo asado, que pagan estos amables caballeros! —gritó aquel hombre antes de vencer en un abrir y cerrar de ojos a sus tres oponentes, que cayeron al suelo desfallecidos.

—Solo está presumiendo, seguro que en realidad no es tan fuerte —dijo Ursicio a Danio antes de sentarse frente a aquel hombre.

El contraste entre aquel hombre y Ursicio era abrumador, tenía una cuidada y corta barba anaranjada y un cabello pelirrojo peinado con dos trenzas que caían sobre su pecho, y en cuanto al carácter, daba la impresión de ser un regordete individuo afable y educado. Sus ojos eran verdes y en el hombro tenía posado un mirlo común (de negro plumaje y pico anaranjado) que parecía ser su mascota.

—¿Qué te juegas tú? —dijo el peculiar hombre a Ursicio.

—Si ganas tú, te convidamos a toda la comida que quieras, pero si te doy una paliza nos das cien monedas —dijo Ursicio con tono desafiante y totalmente convencido de que iba a ganar.

—¿Estás seguro? Mira que te saldría mucho más barato apostar directamente todo lo que llevas encima —

le advirtió una persona de la edad de Danio, que parecía ser amigo del hombre del mirlo.

—Basta de cháchara y al lío —dijo Ursicio frotándose la palma de las manos.

—Luego no digáis que no os lo advertí —respondió aquella persona.

Ursicio lo miró con desdén por hablar como si estuviera claro que iba a perder y puso el brazo derecho sobre la mesa dando un golpe con el codo en ella a modo de intimidación. Pero su rival ni reparó en ello, simplemente estaba comiendo un muslo de pollo sin siquiera mirar en su dirección. Cuando el pulso comenzó, Ursicio se dio cuenta de que, pese a que parecía que su oponente no prestaba atención a la prueba de fuerza por estar centrado en comer, ejercía una fuerza casi sobrehumana con su brazo derecho que hacía que por mucho que Ursicio lo intentara éste no cediera ni un milímetro.

—¡Paletto! ¡Cerebro de porcino! ¡La fuerza la tienes que hacer con el brazo no con el trasero! —le gritó Danio a Ursicio sabiendo lo fácil de provocar que era este.

—¡Serás...! ¡... Cuando acabe te vas a enterar, flacucho! —le respondió Ursicio furioso.

—¡Calla y haz fuerza! ¡Que tu cabeza de asno no da para hacer dos cosas a la vez! —le gritó Danio tratando de provocarle aún más. La gente los miraba perplejos sin entender qué pasaba hasta que el brazo del oponente de Ursicio comenzó a ceder. Sorprendido, el dueño del

mirlo soltó el muslo de pollo y se concentró en el pulso, logrando poner a Ursicio contra las cuerdas.

—¿Las reglas eran que mi amigo podía usar las dos manos si quería para vencer al tuyo, no? —dijo Danio burlándose del exceso de confianza que les había llevado a ofrecerles aquella ventaja sin siquiera haberla pedido Ursicio.

—Sí... —respondió preocupado por la posibilidad de que su amigo pudiera perder.

—¡Pues ya sabes qué hacer cenutrio incompetente! ¡Demuestra que vales para algo más que para espantar pájaros con tu cara! —gritó Danio a Ursicio algo preocupado por estar pasándose y que la tomara con él tanto si ganaba como si perdía. Auxibio se tapaba los ojos de la vergüenza ajena de ir con ellos dos.

—¡Bastardo...! ¡Cuando te pille no te va a reconocer ni tu sombra! —gritó Ursicio a Danio al tiempo que comenzaba a hacer fuerza con ambas manos. Viendo que estaba a punto de perder, su oponente comenzó a emplear toda la fuerza de la que disponía, y acabaron los dos gritando, resoplando y con la cara tan roja que parecía que se iban a asfixiar antes de acabar el pulso. La mesa comenzó a crujir, los espectadores contenían el aliento debido a la tensión de no saber quién de los dos ganaría finalmente, el mirlo comenzó a hacer movimientos nerviosos... Pero, como era de esperar por la mayoría, el hombre del mirlo logró hacer que el brazo de Ursicio cediera. Aunque, justo cuando estaba a punto de hacer que la mano del amigo de Danio rozara la mesa, un charco

de grasa del pollo (que se había deslizado hasta el centro de la mesa debido a que la estaban hundiendo por aquella zona de hacer tanta fuerza en ese punto) hizo que se le resbalara el codo y acabara ganando Ursicio (aunque debido a la inercia de toda la fuerza que estaba haciendo en aquella dirección y a que su oponente había dejado de ejercer resistencia de repente, se dio de cara con la mesa rompiendo el pico de esta con la frente). Todos quedaron boquiabiertos y con los ojos abiertos como platos ante aquel resultado totalmente inesperado.

—Deberías irte un rato hasta que se olvide de todo lo que le has dicho. Ya recojo yo el dinero de la apuesta —le susurró Auxibio a Danio.

—Te debo una —dijo Danio rápidamente mientras se dirigía a la salida de la posada.

—Alocada juventud... —dijo Auxibio para sí mismo recordando con nostalgia las locuras y estupideces que él hizo cuando tenía la edad de Danio.

Auxibio se acercó a Ursicio (que estaba tumbado en el suelo, desmayado a causa del golpe en la cabeza) y, tras esperar a que recuperara la consciencia, le ayudó a incorporarse y a llegar hasta la habitación que habían pagado. Horas después llegó Danio, que abrió lentamente la puerta de la habitación para asegurarse de que Ursicio no seguía enfadado con él.

—Tranquilo, le he explicado que solo le insultaste para ayudarle a ganar —dijo Auxibio tratando de disipar

el miedo que tenía Danio a entrar en la habitación y a ver a Ursicio.

—Aunque dio la impresión de que no tuviste que pesarte mucho qué decir... cualquiera diría que llevas todo el viaje pensando decirme esas cosas —dijo Ursicio bromeando (aunque pensando realmente que ya sabía qué decirle desde mucho antes de saber que había gente apostando dinero en pulsos).

—¿Qué? ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Es solo imaginación tuya... ya sabes que te aprecio mucho —dijo Danio con un tono algo agudo que denotaba que estaba mintiendo y que lo hacía fatal. Auxibio entornó los ojos pensando que acabaría enfadándolo con una mentira tan mal contada que solo se la podría tragar alguien con muy pocas luces... aunque, por suerte para Danio, eso fue lo que pasó y Ursicio se la creyó.

«No sé si habrá sido por el golpe en la cabeza o porque ha sido siempre así pero lo que está más que claro es que a partir de ahora debería estar más atento del herrero, no vaya a perder todo nuestro dinero comprando habichuelas mágicas o por culpa de cualquier otro timo», pensó Auxibio para sí mismo. Habiendo solucionado el conflicto, los tres se durmieron para recuperar fuerzas y poder continuar su viaje.

En mitad de la noche, un extraño ruido despertó a Auxibio. Intrigado, se acercó a la puerta de la habitación y pegó la oreja a ella para tratar de adivinar qué había sido y de dónde provenía. Extrañados por la conducta de

Auxibio, Ursicio y Danio se despertaron y le preguntaron qué estaba haciendo; pero antes de que Auxibio pudiera responder una mano atravesó la puerta y le arrancó el estómago. Auxibio cayó al suelo al momento. Ursicio y Danio se levantaron de golpe intuyendo que aquella peculiar mano que había roto la puerta era del *asechador nocturno*.

Efectivamente era de aquel monstruo. Estuvieron varios minutos atentos a la puerta pensando que les atacaría pero no se escuchaba ni el más mínimo ruido. Danio comenzó a acercarse lentamente hacia la puerta. Mas, cuando estaba a mitad de camino sintió un repentino frío que le recorrió la espalda y le trajo malos recuerdos de la primera vez que vio a aquella criatura. Se volvió rápidamente para prevenir a Ursicio pero, justo cuando abrió la boca para hacerlo, la horripilante y sanguinaria criatura entró por la ventana y se abalanzó sobre el asustado herrero. Danio contemplaba paralizado por el miedo cómo Ursicio intentaba en el suelo cubrirse desesperadamente con sus brazos de los incesantes arañazos del *asechador nocturno*.

En ese momento, un fuerte estruendo asustó a la criatura, que saltó al techo para poder defenderse de la persona que había echado abajo la puerta de la habitación y la otra que le apuntaba con un arco. Eran el hombre del mirlo y otra persona de mirada imponente y penetrante, que disparó varias flechas a la abominable bestia hasta que una de ellas atravesó su hombro izquierdo. Dolorido, el demente y atroz ser huyó por la ventana esquivando las flechas del hombre del mirlo y de la otra persona.

—¿Estáis bien? —preguntó uno de ellos mientras se acercaba a Ursicio para ayudarlo a levantarse del suelo.

—Nosotros sí pero nuestro amigo...—respondió Danio mirando el cadáver de Auxibio.

—Habla por ti; a mí casi me destripa como a un puerco —replicó Ursicio molesto.

—De todas maneras gracias por salvarnos aunque no nos conocáis... —dijo Danio.

—¡Por Dios bendito! ¿Dónde están mis modales? Mi nombre es Alvar y este flacucho con barba es Dante —dijo el hombre del mirlo dándose cuenta de que se le había olvidado presentarse. Dante era una persona de compleción fuerte, con un oscuro y corto pelo negro rizado, una cuidada barba negra bastante corta, y tenía igualmente unos oscuros ojos castaños. Ambos llevaban una vestimenta de cuero (de un color marrón oscuro) y un peto¹⁴ (igualmente de cuero pero con un tono marrón levemente menos intenso) bajo unas camisas de tela negra, sus pantalones parecían del mismo material y color que la camisa, y en la cintura llevaban un peculiar cinturón de cuero con una cartuchera a cada lado en la que llevaban unas peculiares y extrañas herramientas de hierro (que ni Danio ni Ursicio sabían qué eran ni para qué servían) y una espada. En cada una de sus botas de piel (del mismo color marrón oscuro) escondían una daga y, aunque ambos llevaban un carcaj a la espalda, Dante usaba un arco y Alvar un tipo de ballesta desconocido en aquella tierra (una *ballesta de repetición*¹⁵).

14 Prenda que cubre y protege el torso de quien la lleva, pudiendo ser de hierro o de cuero.

15 Se trataba de un arma oriental que también recibía el nombre chino

—¿Dónde está aquel chaval que estaba contigo durante el pulso? —preguntó Ursicio mientras se vendaba las heridas con unos trapos de tela.

—¿Tristán? Supongo que estará todavía dormido —respondió Alvar.

—¿Habéis vuelto a sacarle dinero a la gente apostando? —preguntó Dante, molesto, a su compañero.

—Eh... creo que me está llamando Beltrán, ahora vengo —respondió Alvar tratando de escaquearse.

—¡Alto ahí! ¡No te vas a librar con la excusa de que te llama el pájaro! —gritó Dante mientras le perseguía.

—Qué gente más rara... —dijo Ursicio.

—Sí, pero son justo lo que llevamos buscando todo este tiempo —dijo Danio antes de salir corriendo tras ellos.

de *chu-ku-no* con un diseño no demasiado complejo que le permitía disparar fácilmente cerca de una quincena de flechas en cuestión de segundos y que consistía en una estructura rectangular de madera (en la que estaban las saetas) con una palanca (que se movía hacia adelante y hacia atrás una y otra vez para disparar) sobre una estructura muy similar a la de una ballesta común.

III.

Aquel grupo de personas estaba compuesto por Dante, Alvar, Tristán y Durán (una persona esbelta y poco habladora a la que no habían visto hasta que hablaron con ellos para contratarlos), y eran precisamente cazadores, por lo que poseían gran habilidad en lo respectivo a rastrear y matar. Danio no pudo evitar reparar en que todos llevaban en ambos puños de la larga chaqueta de piel con capucha (de color marrón oscuro) un peculiar emblema dorado con la forma de un círculo con dientes puntiagudos, dos ojos rasgados y cuernos de ciervo.

Siguiendo la recomendación de Dante (el líder del grupo), recogieron rápidamente el equipaje y abandonaron la posada antes de que alguien descubriera el cuerpo de Auxibio y los acusara de asesinato.

El pueblo de Danio y Ursicio no quedaba muy lejos de allí pero no se dirigieron hacia allá. Pues Durán, que al parecer era un gran rastreador, indicó que había encontrado señales de la criatura que revelaban que se dirigía hacia el norte; de manera que tuvieron que seguir el camino señalado por estas.

Por desgracia para ellos, el *asechador nocturno* se desplazaba ligero y les sacaba mucha ventaja, así que fue un largo viaje en el que tuvieron que guiarse además por los rumores de los pueblos cercanos. Cuando se acercaba el crepúsculo, Dante ordenó parar y buscar algún sitio en el que pasar la noche. Mientras Durán aseguraba la zona (pues era de vital importancia asegurarse de que no había rastro de animales carnívoros cerca), Tristán y Danio fueron a recoger leña para la hoguera.

—¿Hace mucho que los conoces? —preguntó Danio.

—Soy huérfano así que prácticamente desde que tengo uso de razón —respondió Tristán.

—Lo lamento, no lo sabía... —dijo Danio disculpándose por haber tocado inconscientemente un tema delicado.

—No te preocupes, para mí son como mi familia —dijo Tristán esbozando una sonrisa, levemente forzada (pues, aunque trataba de disimularlo, en el fondo le había entristecido recordar que presenció de niño la muerte de sus padres).

—¿Qué le pasó a tus padres? —preguntó Danio.

—Les atacó un animal salvaje que entró en nuestra casa una noche —dijo Tristán al tiempo que se alejaba para recoger un montón de hojas secas que había visto.

—Creo que será mejor que cierre el pico —dijo Danio al notar que lo estaba incomodando.

—¿Quieres ver algo alucinante? —dijo Tristán mientras le daba las hojas que había recogido para que las sostuviera. Sin esperar a que Danio respondiera desenfundó

su espada y corrió hacia un árbol, dio tres pasos verticales sobre el tronco aprovechando la velocidad y, dando un giro de trescientos sesenta grados en el aire, cortó una rama de dicho árbol. Danio quedó asombrado tanto por su habilidad con la espada como por su agilidad.

—Con esto y las hojas secas que hemos recogido deberíamos tener suficiente leña —dijo Tristán mientras enfundaba la espada.

—¿Dónde os habíais ido a por leña? ¡Me moría de hambre! —dijo Alvar nada más verles llegar a donde pensaban pasar la noche.

—Tranquilo que podrás comer toda la noche si quieres porque hoy os toca hacer guardia a ti y a Tristán —dijo Dante mientras hacía un círculo con piedras alrededor de donde colocarían la leña.

—¡Venga ya! ¡Solo hemos apostado un poco, no hemos matado a nadie! —protestó Tristán. Sin embargo, una fría mirada de Dante bastó para intimidar a Tristán y darle a entender que tenía que hacer lo que le había dicho.

Tras cenar, todos durmieron plácidamente a excepción de Alvar y Tristán que se tenían que turnar para dormir. De repente, Beltrán soltó un graznido alertando de que algo se acercaba. Alvar rápidamente cogió su ballesta de repetición y apuntó hacia la zona que le indicaba su mirlo. Pasaron varios segundos de tensión en los que un par de gotas frías de sudor recorrieron la frente del cazador. Pronto vio moverse un arbusto cercano. Estaba preparado para enfrentar lo que fuera, ya se tratara de

un lobo o incluso de un oso, pero resultó ser un simple conejo. Aliviado, soltó un suspiro y se sentó en el suelo.

Nada más despuntar el alba prosiguieron con su viaje tras la pista del *asechador nocturno*. Por el camino, encontraron un pequeño pueblo completamente arrasado en el que no parecía haber ningún superviviente. Intrigados, se acercaron para indagar qué había ocurrido. Había varios cadáveres por las calles y varias casas quemadas. De hecho, si se prestaba atención todavía se podía oír el crepitar de alguna madera que estaba siendo consumida por alguna, ya pequeña, llama. Entre el enigmático silencio de aquel pueblo se podía escuchar el lejano llanto de una mujer. Pensando que todavía podrían estar a tiempo de salvarla, los cazadores corrieron en busca de aquella persona seguidos por Danio y Ursicio.

Cuando llegaron, encontraron a una hermosa joven de origen asiático atrapada entre los escombros. Esta temblaba de miedo y no parecía confiar en ellos.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Danio tendiéndole la mano para ayudarla a salir mientras Alvar levantaba los escombros que había sobre ella.

—Unos bandidos llegaron y mataron a todos —dijo la joven mientras se limpiaba con las manos las marcas de ceniza de la cara.

—¿Sabes hacia dónde han ido? —preguntó Dante.

La joven negó con la cabeza y se asustó cuando Beltrán comenzó a graznarle.

—Perdónale, está algo arisco porque no ha dormido mucho. ¿Cómo te llamas? —dijo Alvar mientras se sacudía el polvo de las manos.

—Aldara —respondió la joven evitando mirarle a los ojos.

—Curioso nombre para una dama de rasgos orientales —soltó Dante con un tono de escepticismo.

—Mi ascendencia es oriental pero mi familia lleva generaciones viviendo aquí —replicó la joven enojada.

—¡Igual que Danio! —exclamó Alvar poniendo un brazo sobre el hombro de la chica y haciéndola mirar hacia el joven (parecía que trataba de emparejarles destacando algo común entre ambos).

—No pareces de ascendencia oriental —comentó Aldara confusa.

—A lo que se refiere es a que mis antepasados tampoco son de aquí, pero mis padres se vinieron a vivir aquí mucho antes de yo nacer... aunque, en mi caso, mi ascendencia es itálica —dijo Danio algo incómodo por la situación.

En ese momento, Tristán le susurró a Alvar al oído que Danio ya estaba casado y este se alejó rápidamente de la joven disculpándose por haber incomodado a ambos. Aldara soltó que una forma de compensarla por haber pasado por aquella incómoda situación podría ser que la acompañaran hasta un pueblo donde tenía parientes que la acogerían encantados. Dante miró a Durán tratando de averiguar qué le parecía la propuesta y, finalmente, accedieron a acompañarla. Ursicio protestó porque no les

había pagado para cortejar a una doncella asiática sino para dar caza a una criatura cuyo rastro perderían si se desviaban, pero Danio trató de calmarlo alegando que debían ayudarla.

Tardaron varios días en llegar a un pueblo que les pillaba de camino hacia donde quería ir Aldara. Buscaron una posada para descansar y cayeron casi instantáneamente dormidos sobre sus respectivas camas. Llevaban varios días durmiendo en el suelo así que sus doloridos cuerpos agradecieron dormir sobre algo blando para variar. A la mañana siguiente, Dante fue acompañado de Aldara a comprar suministros y víveres para poder proseguir con el viaje. En el mercado, los hombres no podían quitarle la vista de encima a la joven, que comenzó a sentirse incomodada por las lujuriosas miradas de aquellos que habían quedado embelesados por su exótica belleza y su afrodisíaco cuerpo. Al darse cuenta de esto, Dante se quitó la chaqueta y se la ofreció para que se cubriera con ella si quería.

—Gra... gra... cias —tartamudeó Aldara ruborizada por el caballeroso gesto del cazador.

—Tranquila, nunca permitiría que esos hombres te hicieran nada —dijo Dante tratando de tranquilizarla. La gente que le estaba mirando, al ver que se había tapado la cara con la capucha y que Dante tenía una mano puesta en la empuñadura de su espada, se marchó del mercado

y empezó a mirar disimuladamente a cualquier otra cosa tratando de evitar la desafiante mirada del cazador. Por suerte, no hubo nada más de que preocuparse durante el resto del tiempo que estuvieron comprando en el mercado.

De camino a la posada oyeron a dos mujeres rumoreando que habían visto a una extraña criatura arrasar un pueblo cercano, pero cuando Dante les preguntó no supieron decirle si había sido el *asechador nocturno*. Al llegar a la posada vieron a un corro de personas alrededor de la mesa en la que estaban Alvar, Tristán y Ursicio, que sospechosamente se dispersó al entrar ellos. Dante los miró con seriedad pero Aldara se agarró a su brazo derecho y le susurró que estaba cansada, así que esta vez pasó por alto que claramente esos tres habían estado haciendo de las suyas. Nada más irse Dante a las habitaciones con Aldara, los tres comenzaron a dejar de reprimir su alegría por haberle sacado toda una fortuna a la gente con apuestas.

Mientras subían las escaleras se encontraron con Danio, que buscaba preocupado a Durán porque no lo veía desde el día anterior.

—No te preocupes, sabe cuidarse solo —dijo Dante tratando de tranquilizarle.

—¿Es cierto que tienes una esposa? —preguntó Aldara.

—Sí... aunque fue raptada por una vil bestia... —respondió Danio lamentándose por aquello.

—Seguro que la conseguís rescatar —le dijo Aldara esbozando una amable sonrisa y guiñándole un ojo. La joven le pidió que le hablara más de ella mientras Dante guardaba todo lo que habían comprado. A Danio no le gustaba hablar de ella porque cuando lo hacía su mente no podía evitar pensar en todas las cosas horribles que le habría hecho y le estaría haciendo aquel atroz ser, pero aún así trató de satisfacer la curiosidad de Aldara.

A la mañana siguiente, Alvar oyó el rumor de que alguien había visto a una criatura muy parecida al *asechador nocturno* entrando en una cueva cercana y rápidamente fue a buscar a los demás para contárselo. Aunque Durán seguía sin aparecer, se prepararon para ir a dar caza al monstruo.

—Será mejor que esperéis aquí. Podría ser peligroso —le advirtió Dante a Danio, Ursicio y Aldara.

—No pienso quedarme aquí escondido como un cobarde —dijo Ursicio saliendo por la puerta de la posada. Dante entornó los ojos ante aquella conducta y suspiró.

—Está bien, podéis acompañarnos, pero os quedareis fuera esperando —dijo Dante consciente de que no haría cambiar de idea a alguien tan terco como Ursicio. Cuando llegaron a la cueva Dante y Tristán prepararon sus respectivos arcos y Alvar su ballesta. Finalmente entraron lentamente en la oscura cueva mientras Danio miraba nervioso cómo desaparecían en el interior de la cueva y no daban señales de vida durante cerca de media hora.

—Al diablo con lo de esperar fuera, voy a entrar —

dijo Ursicio impacientándose por la tardanza de los cazadores. Mas, justo antes de que Danio saliera detrás de él para disuadirle de la temeraria idea de entrar desarmado, salió Beltrán volando de la cueva. Parecía que quería decirles algo, pero no le entendieron hasta que poco después aparecieron los cazadores. Al parecer no estaba ahí dentro el *asechador nocturno*; solo encontraron una gran cantidad de huesos humanos y a una joven (a la que Alvar había sacado en brazos porque estaba inconsciente).

Danio corrió hacia Alvar eufórico. Todavía no se podía creer que hubiesen conseguido encontrar con vida a Gadea. Estaba bastante más delgada (seguramente porque apenas había comido en todo este tiempo) pero no parecía tener ninguna herida ni tener nada roto. Rápidamente la llevaron al pueblo para buscar a alguien que la tratara.

El joven mercader se pasó toda la noche velándola y tratando de que no empeorara su fiebre, aunque finalmente cayó exhausto sobre la cama al poco de despuntar el alba. Una sutil caricia en la mejilla le hizo despertarse de golpe. Pese a que todavía estaba débil, Gadea había recuperado la consciencia. Incapaz de saber cómo procesar todo lo que sentía, la besó y le abrazó con todas sus fuerzas. Unas lágrimas de alegría caían de sus ojos mientras su esposa le rodeaba con sus brazos. Pero pronto se alejó de golpe, comenzó a preguntarle si quería comer o beber algo y se marchó a por algo de comida y agua antes de que a la joven le diera tiempo a abrir la boca para responderle.

—Me alegro mucho de que hayas podido encontrar a tu esposa sana y salva —dijo Aldara cuando se encontró a Danio saliendo de la habitación.

—Gracias —dijo Danio rápidamente sin pararse si quiera un segundo. Cuando estaba cogiendo la comida y la jarra de agua para llevársela a su esposa, Dante se le acercó.

—No te ilusiones demasiado —dijo el líder de los cazadores con seriedad.

—¡Cómo no voy a hacerlo! ¡Ni en mis mejores sueños recuperaba a Gadea así, tan milagrosamente! —contestó Danio sin parar un segundo a hablar con él.

Cuando volvió a la habitación, Gadea apuró hasta la última migaja de pan y la última gota de agua, llegando a comerse un queso entero ella sola. Danio odiaba que hubiera pasado tanta hambre estos días pero esa sensación quedaba eclipsada por la tremenda dicha de tenerla otra vez de vuelta.